

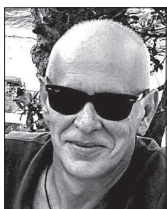
La guerra en español

LA TRIBU DE PERIODISTAS PAGA UN ALTO PRECIO EN MUERTOS Y SECUESTROS POR CONTAR EL HORROR DE LOS CONFLICTOS DE SIRIA Y OTRAS ZONAS SANGRIENTAS DEL MUNDO.

Tenía razón Arturo Pérez Reverte cuando, aludiendo a los periodistas que las cubren, escribió en *Territorio comanche* que las guerras están llenas de “tipos raros”. Hay que ser “raro”, en verdad, para irse voluntariamente a pasar penalidades y sufrir riesgos a lugares donde granizan las balas y las bombas y corren las lágrimas y la sangre. Como mínimo, hay que tener muy desarrolladas algunas características vitales del oficio de periodista: espíritu aventurero, curiosidad insaciable, resistencia física y psicológica, asco por los verdugos, empatía por las víctimas, vocación de narrador de historias y, sí, también un cierto ego, un gusto por la adrenalina subida de autoestima que da el estar allí donde ocurren cosas tremebundas.

Entre 1936 y 1939 numerosos periodistas y escritores extranjeros cubrieron la Guerra Civil española. Eran, por supuesto, gente “rara” como George Orwell, John Dos Passos, Ernest Hemingway, Martha Gellhorn, Mijail Koltsov o Herbert Matthews. Este último, corresponsal de *The New York Times*, escribiría sobre su experiencia española algo que no hay que olvidar: “La guerra también me enseñó que, a largo plazo, prevalecerá la verdad. Puede parecer que el periodismo fracasa en su labor cotidiana de suministrar material para la historia, pero la historia nunca fracasará si el periodista escribe la verdad”.

Pues bien, a partir de la década de los ochenta, fue España la que produjo varias cosechas sucesivas de excelentes corresponsales de guerra. En periódicos, radios y cadenas de televisión, tipos “raros” como el propio Pérez Reverte -con o sin el camarógrafo José Luis Márquez-, Alfonso Rojo, Maruja Torres, Julio Fuentes, Pepe Colchero, Tomás Alcoverro y otros contaron en castellano lo que ocurría en lugares desdichados como Líbano, Palestina, Irán, Irak o Panamá. En los años noventa, forjados en Bosnia, Ruanda, Sierra Leona o Haití, se les sumaron Javier Espinosa, Ramón



Por **JAVIER VALENZUELA**

Periodista y escritor, cubrió guerras en Líbano, Palestina, Irán, Irak y Bosnia. Tras trabajar 30 años en *El País*, donde ejerció de corresponsal en Beirut, Rabat, París y Washington, y también de director adjunto, fue en 2013 el primer director de *tintaLibre*. Mandela, Mitterrand, Arafat y Bush son algunos de los políticos a los que ha entrevistado. Ha publicado ocho libros periodísticos, el último, *Crónicas quinquis* (Libros del KO, 2013).

Lobo, Gervasio Sánchez, Julio Alonso, Miguel Gil Moreno, Alfonso Armada y otros.

Tal vez fueran las dos últimas décadas del siglo XX la edad de oro del periodismo internacional español; en realidad, del periodismo español en general. Había empresas -públicas o privadas- que no reparaban demasiado en gastos, había abundancia de reporteros con corazón, cerebro y buena pluma, y había -esto no falta nunca- tragedias espantosas fuera de la Península. Fue como si el periodismo español, tras contar su propio país durante la Transición, ese país de verdad que el franquismo ocultó durante 40 años, se lanzara a contar el mundo.

DEL AUGE PERIODÍSTICO A LA CRISIS

No había llegado aún el triste tiempo actual del periodismo *low cost*, en el que incrementar la retribución de los accionistas y los directivos es mucho más importante para las empresas que cubrir bien los asuntos relevantes con profesionales solventes. En aquella época, tan cercana y tan lejana a la vez, el contingente de corresponsales y enviados especiales españoles en la primera línea de fuego -muchos de los cuales iban aprendiendo sobre la marcha historia, geografía e idiomas- podía llegar a superar al de países más poblados, ricos e influyentes. El periodismo era entonces una de esas actividades -el cine, la pintura, la arquitectura y la producción editorial eran otras- en las que la joven democracia española pesaba en el mundo más de lo que correspondía a su tamaño demográfico y económico.

Hasta un escritor ya consagrado como Juan Goytisolo se sumaría a la “tribu” con espléndidos reportajes sobre Bosnia, Argelia, Palestina y Chechenia. Allí, junto a los periodistas profesionales, Goytisolo viviría la principal lección de la guerra: el ser humano es capaz tanto de la peor villanía como del heroísmo más admirable. Y como ellos, constaría que, en cualquier conflicto bélico, incluso en esos que los analistas de salón califican de



“inescrutables”, siempre hay unos más malos que otros y unos más víctimas que otros. La misión del reportero es, precisamente, averiguarlo y contarlo.

En realidad, a los corresponsales de guerra de los años 1980 y 1990 les había precedido una generación estupefanda, la de Enrique Meneses, Manu Leguineche, Miguel de la Cuadra, Vicente Talón, Manolo Alcalá, Vicente Romero y, como cito de memoria, que me perdonen los no mencionados. En los años 1960 y primeros 1970, la sección de internacional de algunos medios españoles fue una especie de refugio para muchos profesionales críticos: se contaba desde el extranjero lo que no se podía contar en el país de Franco. Así se hicieron en el diario *Pueblo* y en *Televisión Española* buenas coberturas de Argelia, Cuba, Vietnam, Biafra, la Guerra de los Seis Días o Líbano.

A partir de los 1990, el precio de sangre pagado por el periodismo español para abrir las ventanas de la Península al mundo resultó muy oneroso. En Europa, África, América Latina y Oriente Próximo fueron cayendo muertos Luis Espinal, Juancho Rodríguez, Jordi Pujol Puente, Luis Valtueña, Miguel Gil Moreno, Julio Fuentes, Julio Anguita Parrado, José Couso, Ricardo Ortega y Cristián



Poveda. No obstante, la "tribu", reforzada por nuevos tipos y -cada vez más- tipas "raros" como Jon Sistiaga, Mónica García Prieto, Maite Carrasco y otros, seguiría empeñada en ir a allí donde caen los obuses, aunque fuera bajo una precariedad profesional creciente. Obsesionadas con reducir los sueldos y gastos periodísticos, persuadidas de que el copiar y pegar a partir de Internet podía sustituir el testimonio directo de su corresponsal, a las empresas se les fue haciendo cuesta arriba autorizar los viajes al extranjero, ya no digamos las estancias permanentes.

EN FAVOR DE LAS VÍCTIMAS

También se fueron incrementando los peligros. A mediados de diciembre de 2013, tres periodistas españoles permanecían secuestrados por yihadistas en la muy sucia guerra de Siria: Marc Marginedas, de El Periódico de Catalunya; Javier Espinosa, de El Mundo, y el freelance Ricardo García Vilanova. El precio pagado por la "tribu", esa panda inconfundible de tipos y tipas alborotadores, temerarios, testarudos, ególatras y rompepelotas, seguía subiendo.

¿Sirven para algo sus penalidades y riesgos? La respuesta es rotundamente afirmativa.

Son los tiranos, los genocidas, los que cometen crímenes de guerra, los fanáticos de tal o cual causa étnica, nacional o religiosa, los que no quieren que haya reporteros en los escenarios de sus brutalidades. Por el contrario, las víctimas sí que los quieren: las víctimas desean que sus historias de sufrimiento sean conocidas por el mundo entero, anhelan que la humanidad venga en su auxilio. Digámoslo

Arturo Pérez-Reverte y José Luis Márquez en la cobertura de un conflicto. / RTVE-EL OJO DE LA NOTICIA



Fotograma del documental War Photographer.



josé
COUSO
CRIMEN DE GUERRA
Ni olvido ni perdón
¡Justicia ya!
CONCENTRACIONES
Día 8 de cada mes / 20:00h.
Embajada EE.UU. (Serrano 75)
HERMANOS, AMIGOS Y COMPAÑEROS DE JOSÉ COUSO
WWW.JOSECOUSO.INFO

Cartel que recuerda a José Couso, reportero muerto en Irak. / FUNDACIÓN JOSÉ COUSO

en román paladino: si no hubiera corresponsales, habría más muertos.

Ahora bien, si el silencio es la obvia puntilla de las víctimas, también puede serlo la llamada "equidistancia". Confundiendo el oficio de periodista con el de notario, algunos sostienen que el primero debe limitarse a levantar un acta gélida y burocrática de las sandeces que sueltan los que mandan, o sus voceros, en declaraciones institucionales, conferencias de prensa, llamadas telefónicas, comunicados escritos o páginas de Internet. Lo llaman neutralidad cuando tan solo es pereza y servilismo. El periodista de verdad, el que va al lugar de los hechos y habla con sus protagonistas, no puede tratar por igual, con "equidistancia", al violador y a la violada, al SS y al judío del Holocausto, al agresor y al agredido, al poderoso y al indefenso, al que tienen muchos altavoces para hacerse oír y al que sobrevive amordazado.

No lo pudo decir más claramente Herbert Swarthworth, historiador estadounidense de la Guerra Civil española: "Alguien tiene que decir quiénes son los hijos de puta y quiénes son buena gente". ¿Raro? Pues sí, de eso se trata, para eso sirve la "tribu".